

## APROXIMACIONES PARA UNA GEOGRAFÍA CRÍTICA DEL CONFLICTO: HENRI LEFEBVRE Y LA *PRODUCCIÓN DEL ESPACIO*

Mtro. Rolando Espinosa Hernández  
Posgrado en Geografía-Universidad Nacional Autónoma de México

**Resumen:** A lo largo de nuestra historia, los conflictos sociales han sido objeto de reflexión de numerosas corrientes y tradiciones del pensamiento. En el propio derrotero del pensamiento geográfico ha habido múltiples maneras de concebir este fenómeno. Empero, en la mayor parte de sus corrientes, los conflictos sociales son un problema implícito o superficial y, en el mejor de los casos, son abordados sin especificar su historicidad o su forma social. Sólo en la geografía crítica o radical, especialmente aquella de ascendiente marxiano, se han abordado los conflictos sociales como fuerzas productoras y estructurantes del tiempo y del espacio sociales. Sin embargo, la geografía radical sigue manteniendo abierto el debate en torno a la pertinencia o el modo de observar el conflictivo devenir de la sociedad burguesa desde la perspectiva de la lucha de clases.

Esta discusión, dentro de la geografía crítica, se ha desenvuelto sobre la base de un diálogo constante con el marxismo, con las teorías sociológicas del conflicto, con la ecología política o con el amplio espectro de nuevas teorías de los movimientos sociales.

De tal suerte, se ha vuelto menester hacer un mínimo balance sobre la manera en que se ha abordado este problema en los mayores exponentes de la geografía crítica, aquellos que han tratado de desarrollar la crítica de la economía política desde la perspectiva teórica de la producción del espacio.

Por esta razón, en este breve ensayo, se inicia esta indagación con la obra que, sin duda alguna, constituye la generatriz de toda esta corriente crítica dentro de la geografía: *La producción del espacio*, de Henri Lefebvre.

**Palabras clave:** conflicto social, geografía crítica, crítica de la economía política, producción del espacio

La historia del tratamiento teórico de un fenómeno social —como es el caso de los conflictos o de las nuevas formas de la lucha de clases— forma parte del fenómeno mismo. El proceso de gestación de un problema dentro de la conciencia científica tiene siempre unas condiciones históricas peculiares, las cuales van especificando el modo en el que éste discurre. Son estas condiciones las que posibilitan que en una época sea más clara la vigencia de un fenómeno y su problematización, mientras que en otras no sea más que algo implícito, un mero ocultamiento o un soslayo.

Así pues, dar cuenta del modo en que los conflictos sociales se han abordado en la historia de la geografía crítica, también forma parte de los conflictos, es decir, de la capacidad de reconocer la especificidad histórica de los mismos, así como sus límites prácticos y políticos. Este reconocimiento posibilitaría una proyección asertiva de los movimientos sociales que reivindican múltiples derechos vinculados al lugar o al territorio en el que se vive.

### SOBRE LA NECESIDAD DE ESTA INDAGACIÓN

A lo largo de nuestra historia, los conflictos sociales —en sus múltiples escalas— han sido objeto de reflexión de las más diversas corrientes y tradiciones del pensamiento: filosofía de la historia, filosofía política, ética, ciencia militar, economía política, teoría sociológica, demografía, ecología humana, existencialismo, antropología social, geografía humana, psicología social, sociobiología, biología evolutiva, matemática aplicada, etcétera.

Múltiples teorías, desde muy diferentes perspectivas, han intentado dar cuenta de la relación y la alternancia histórica entre las formas sociales de cooperación o reciprocidad y de lucha o competencia para sobrevivir o vivir dignamente. Todas ellas, de algún modo, han tratado de explicar las múltiples causas histórico-naturales de ambas formas de interacción social, de

esclarecer su consistencia, de especificar su procesamiento histórico o de prefigurar las posibles tendencias de su devenir.

Tan sólo en los albores del siglo XX, el acendramiento de las nuevas ciencias sociales quedó marcado por el debate entre el funcionalismo estructural y el materialismo histórico a propósito de su capacidad de dar cuenta de los principales problemas de la sociedad contemporánea.<sup>1</sup> Así fue como se forjaron las teorías sociológicas “clásicas” del conflicto —perfiladas por Durkheim, Weber, Gumplowicz, Park, Small, Ward, Cooley, Summer, Parsons, Smelser y Johnson— que, pese a su heterogeneidad, influyeron marcadamente en el desarrollo del resto de ciencias sociales.<sup>2</sup>

O bien, a partir de la mitad del siglo XX, en discusión permanente con el marxismo, sucedió el gran cisma de la sociología del conflicto —con las obras de Simmel, Dahrendorf, Coser y Rex— y el perfilamiento de las teorías del conflicto en la antropología social y económica —con los posicionamientos de Gluckman, Leach, Sahlins, Malinowski, Harris y Austin—.

Como es de suponer, también en la historia del pensamiento geográfico ha habido múltiples maneras de concebir los conflictos sociales. Empero, estos constituyen, en la mayor parte de sus corrientes, un problema implícito o superficial y en el mejor de los casos son abordados con una perspectiva *ahistórica* y *asocial* (Peña, 2008). Incluso, ahí donde han logrado explicitarse como tema —por ejemplo, en la geografía política o en la geopolítica, donde el problema es abordado desde la perspectiva de la territorialidad de las relaciones de poder entre Estados nacionales y entre fuerzas políticas al interior de la sociedad civil— se ha dado por sentado su sentido y límite históricos, así como su carácter específico dentro de la sociedad burguesa.

Sólo algunos exponentes de lo que se ha denominado geografía crítica o radical, especialmente aquellos de ascendiente marxiano, han abordado el problema de los conflictos sociales como fuerza productora y estructurante básica de la espacialidad social en el capitalismo.

Sin embargo, a pesar de haberse ocupado casi medio siglo en reflexionar el amplio espectro de problemas que van desde los movimientos urbanos hasta el papel central que tiene la conflictividad social en la producción de historia y espacio, la geografía radical sigue manteniendo abierto un debate en torno a la pertinencia o el modo de observar los grandes problemas y conflictos de la sociedad contemporánea desde la perspectiva de la lucha de clases.

Esta discusión se ha desenvuelto sobre la base de un diálogo constante y muchas veces implícito con el marxismo, con las teorías sociológicas del conflicto, con la ecología política o con el amplio espectro de nuevas teorías de los movimientos sociales.<sup>3</sup>

Todo esto ha formado parte del largo proceso de construcción del discurso crítico en la ciencia geográfica. Entre sus frutos destacan los trabajos pioneros de autores como Lefebvre, Harvey, Reynaud, Soja, Santos, Relph, Lacoste y Quaini, además de las ulteriores contribuciones de Peet,

---

<sup>1</sup> La moderna ciencia sociológica, desde Comte, surgió como clara contraposición al materialismo histórico y a la crítica de la economía política, desarrollados por Marx y Engels. Desde sus albores, la teoría sociológica y muy especialmente la obra de Durkheim —considerada precursora del funcionalismo estructural— se encaminó para debatir y rivalizar la capacidad explicativa de los fenómenos histórico-sociales con el materialismo histórico (Barreda, 1985).

<sup>2</sup> Durkheim perfiló su teoría sociológica, centrada en el concepto de solidaridad social, como alternativa para desbancar la interpretación marxiana del desarrollo histórico social a partir de las condiciones materiales de existencia (Barreda, 1985). De este modo, para la teoría social que se conformó bajo su influencia, los problemas de la *lucha de clases* y la posibilidad del cambio social mediante procesos de *revolución* pasaron a segundo plano, como problemas supuestamente ideológicos o de mera visión del mundo.

<sup>3</sup> Estos “nuevos” abordajes distan mucho de constituir un cuerpo teórico homogéneo, coherente y sin polémicas y disensos, especialmente con el marxismo o con la crítica de la economía política. No obstante, jactándose de ser “más poderosas” para conceptualizar la complejidad de la conflictividad social contemporánea, se han convertido en un moda intelectual bajo múltiples adscripciones: teorías de la acción pública o colectiva y de la protesta social, teoría de los nuevos movimientos sociales y de los grupos de interés, teoría de las estrategias e identidades, teoría de los actores o sujetos, teoría de la acción instrumental y de la acción expresiva, teoría de la elección pública, teoría de la elección racional y de las oportunidades políticas, etcétera.

Sin embargo, sostener que la perspectiva culturalista de estas “nuevas teorías” es “más poderosa” pretende hacernos suponer que el debate implícito y explícito que, durante más de un siglo, han mantenido múltiples posicionamientos teóricos con la obra de Marx y con las distintas corrientes marxistas es un asunto completamente saldado. Esto sin mencionar la gran deshonestidad que implica suponer lo que antes cada una de ellas tendría que demostrar.

Swyngedouw, Smith, Massey, Taylor, Merrifield, Blaikie, Watts, O'Keefe, Benko, Capel, entre otros.

#### EL CONFLICTO SOCIAL EN LA GEOGRAFÍA CRÍTICA

Con la maduración del discurso crítico geográfico, cada vez es más reconocido que el actual proceso de producción y consumo del ambiente urbano —forma socio-espacial dominante del desarrollo capitalista— genera múltiples formas de conflictividad inter e intra clasistas (Harvey, 1985) no sólo en los entornos de urbanidad sino, de manera avasallante, en la ruralidad adyacente. Esta es la trama de los conflictos históricos generados por el expolio social de medios de vida en pos de la producción y del abasto de la boyante ciudad burguesa, proceso perpetuo de la reproducción capitalista que se presenta hoy en las formas más abigarradas y complejas de acumulación originaria de capital.

Asimismo podemos decir de la urdimbre de clásicos conflictos por la producción, administración y uso de los entornos urbanísticos: luchas contra la escalada de la renta del suelo, contra la especulación inmobiliaria, contra el incremento de los precios de construcción de vivienda social, por la dotación de servicios y por la construcción de equipamientos urbanos, contra la constricción de la movilidad, etcétera.

Empero, desde la segunda mitad del siglo pasado, con el desbordamiento y profundización del sometimiento capitalista hacia momentos decisivos y amplios espacios de la reproducción y disfrute sociales (Veraza, 2008), hemos atestiguado la emergencia de las más diversas formas, tipos y escalas de conflictos y movilizaciones sociales, animados por el despojo, la depredación de condiciones de vida y la vulneración de innumerables derechos sociales, económicos, ambientales, políticos, culturales, humanitarios, etcétera.

Sin embargo, con el surgimiento de estas nuevas formas de conflictividad y de movilización social —cuyas estructuras heterogéneas y policlasistas son concomitantes con el amplio umbral de agravios— se ha vuelto lugar común sostener que éstas nada o muy poco tienen que ver con la lucha de clases y que el discurso crítico de Marx poco podría aportar al respecto.

La geografía crítica en parte ha asumido esta posición y en parte ha tratado de demostrar la eficacia de la obra marxiana para dar cuenta de esta problemática de nuestro tiempo. No obstante, pese a la heterogeneidad de posicionamientos, hasta ahora no se ha realizado un mínimo balance sobre la asertividad de las incursiones de la geografía crítica en este debate.

Tan solo entre los precursores de las principales “escuelas” y ramificaciones de la teoría de la producción del espacio —originalmente enderezada por Lefebvre— el mosaico de proposiciones es muy diverso.

Henri Lefebvre —perfilando, de manera muy creativa, una nueva economía política del espacio y de su producción— postuló que el desarrollo de conflictos, luchas y contradicciones está necesariamente imbricado con el proceso de producción social del espacio social; de acuerdo con su reflexión, la profunda abstracción que despliega la sociedad burguesa transforma el espacio en una forma abstracta plagada de contradicciones y conflictos.

David Harvey —proyectando el ejercicio y el desarrollo de un materialismo histórico-geográfico— ha sostenido que los conflictos en el lugar en que se vive —esto es, las luchas en torno al fondo de consumo del trabajo— son reflejos de la tensión básica entre capital y trabajo; para Harvey ambos fenómenos se actualizan con cada arreglo-solución espacial que el capitalismo dispone para neutralizar sus crisis.

Edward Soja —haciendo hermenéutica del planteamiento lefebvreano a través de reivindicar una dialéctica espacial— ha entreverado su reflexión sobre la producción de la espacialidad de la vida social con la búsqueda y la exigencia de justicia espacial, al modo en que años antes lo hiciera Alain Reynaud.

Milton Santos —conjugando marxismo, fenomenología y existencialismo de una manera que marcó el derrotero del movimiento de renovación de la geografía en Brasil— se ocupó de

reflexionar los procesos de resistencia del lugar frente a las embestidas del mercado universal, es decir, del espacio acendrado por el capitalismo y estructurado como sistema de objetos y acciones.

Massimo Quaini —defendiendo brillantemente la interpretación materialista del tiempo y del espacio en las obras de Marx y Engels como parte del proceso de construcción de una geografía humana— ha sostenido que las contradicciones ecológico-territoriales, no sólo en el campo sino, sobre todo, en el ambiente urbano, son inmanentes al propio desarrollo del capitalismo; la gran capacidad de este modo de producción para producir un espacio artificial pero sin restituir la organicidad de la naturaleza —añade Quaini— es también una de las fuentes de la actual guerra social que se catapulta desde la gran ciudad industrial.

Mientras, en época más reciente, Richard Peet —impulsando la tentativa de una suerte de anarcomarxismo— se ha dedicado a reflexionar los movimientos sociales contemporáneos desde el replanteamiento de una geo-ecología política libertaria que trata al espacio como entorno natural socialmente transformado. Entretanto, Neil Smith —intentando enderezar una geografía que diese cuenta del desarrollo espacial desigual— abordó las fronteras del proceso de aburguesamiento urbano y la lucha de clases como efectos socioeconómicos del proceso capitalista de producción de la naturaleza y del espacio.

Sin duda alguna, la principal generatriz de todo este mosaico, que representa un aspecto importante del recorrido de la corriente crítica dentro de la geografía, fue la publicación de *La producción del espacio*, de Henri Lefebvre, en 1974.

En vista de dar inicio a esta indagación, veamos entonces cómo es que Lefebvre abordó el problema del conflicto social en esta obra cumbre de su pensamiento y del decurso ulterior de la geografía crítica o radical.

#### LEFEBVRE O EL CONFLICTO SOCIAL EN LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

*La producción del espacio*, de Henri Lefebvre, tiene el objeto de explorar la génesis de la sociedad burguesa *a través de y por* el espacio producido. La obra nos presenta una genealogía del espacio social —esto es, del espacio transformado por la sociedad— que, como tal, no sólo repasa la historia de la sociedad burguesa sino que intenta entrever el futuro y lo posible.

Para Lefebvre, el espacio social es un producto global, no un producto cualquiera sino un conjunto de relaciones, de redes, de vínculos. Empero, además de producto social, es soporte y productor de relaciones económicas y sociales. De tal suerte, la producción del espacio y del tiempo son aspectos esenciales que corresponden a la segunda naturaleza.

El espacio social, según Lefebvre, es una dimensión constitutiva de las relaciones sociales de producción y de las fuerzas productivas. Las relaciones sociales de producción y de reproducción se realizan y se reproducen, a la vez, en un espacio social producido.

Según esta perspectiva, el modo de producción se realiza organizando-produciendo su espacio y su tiempo y determinadas relaciones sociales. El modo de producción proyecta sobre el terreno esas relaciones.

El espacio social —independientemente de su forma o configuración histórica particular— está constituido por múltiples dualidades que son propias de la estructura *ontopraxeológica* del ser humano (Zeleny, 1974). Empero —señala Lefebvre— no es menester que ellas sean conflictivas pues dualidad no es sinónimo de conflicto o contradicción.

En sus albores, la sociedad burguesa utilizó, dispuso y se apropió del espacio preexistente (terrestre, fluvial, marítimo). Ulteriormente —nos dice Lefebvre—, el capitalismo construyó un nuevo espacio, en mayor escala, sobre la base de nuevos medios de transporte, organizando así su espacio nacional e internacional y su escala urbana.

Por una parte, el capitalismo ha organizado el espacio de manera concentrada y centralizada para facilitar el control político y optimizar la producción de plusvalor. Sin embargo, por otro lado, el modo de producción capitalista va produciendo un espacio abstracto que, poco a poco, impone una lógica de homogeneidad, fragmentación y jerarquización en todos sus contenidos sociales y

objetivos. Se trata —sostiene Lefebvre— de un proceso lleno de contradicciones ligadas al conflicto entre la división mundial capitalista del trabajo y la racionalización de este orden mundial.

El capital produce una constante fragmentación en el tiempo y el espacio sociales que, simultáneamente, se contrapesa con las redes y los flujos que produce. Con esa retícula fluente, el capital restablece, cuando no logra una unidad racional, al menos la homogeneidad espacio-temporal.

Así pues —indica Lefebvre—, en el espacio abstracto producido por el capital están presentes los conflictos (actuales o virtuales), las luchas, las contradicciones, así como los acuerdos, las ententes y las alianzas. Lo local, lo regional, lo nacional y lo mundial se implican e imbrican y también se contradicen y ello se concreta precisamente en el espacio. Lo territorial, lo urbanístico y lo arquitectónico —añade nuestro autor— mantienen entre sí relaciones análogas: implicaciones y conflictos.

Si el espacio social —anota Lefebvre— está constituido por el conjunto de lugares de la coherencia y tiene una realidad mental organizada de manera consecuente, si este espacio es un conjunto social-mental, es decir, concreto-abstracto: ¿cómo es posible que el espacio abstracto del capital esté colmado de contradicciones, esto es, que sea a la vez un espacio coherente y contradictorio o conflictivo?

Esto se debe —nos responde— a que el espacio asegura la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas en el espacio mismo, lo que de suyo implica el “uso perpetuo de la violencia”. Como sabemos, la relación capitalismo encarna de manera acendrada la contradicción y el conflicto entre lo vivo y lo inerte, de modo que “espacio abstracto y violencia van juntos”.

Una de las paradojas más palpables del espacio abstracto, que señala Lefebvre, es el hecho de que éste puede ser al mismo tiempo el conjunto de lugares donde se *gestan* las contradicciones, el medio en que se *desarrollan* las mismas y, finalmente, el instrumento que permite *extinguirlas* al sustituirlas por una “coherencia aparente”. La forma abstracta del espacio —insiste— aparenta resolver las contradicciones que contiene.

Para Lefebvre, las contradicciones del espacio *expresan* los conflictos que existen entre diferentes fuerzas e intereses sociopolíticos. Esos conflictos solamente tienen efecto y lugar *en* el espacio, de modo que necesariamente se convierten en “contradicciones del espacio”.

Pero, ¿cuáles son esas contradicciones inmanentes al espacio abstracto?, es decir, ¿cuáles son los conflictos internos de esa aparente homogeneidad y coherencia con que se nos presenta el espacio abstracto?

Para responder a esta cuestión, Lefebvre formula su teoría del espacio contradictorio e intenta calificar lo que a su parecer son las contradicciones más generales del espacio producido por la sociedad burguesa.

1) La primera contradicción —nos dice Lefebvre— es aquella que se suscita entre la *cantidad* y la *calidad* del espacio abstraído por el capital, es decir, entre espacio cuantificado y cualidad espacial.

De acuerdo con el planteamiento, el espacio abstracto es geoméricamente mensurable; sin embargo, en tanto que se trata también de un espacio social, éste queda subordinado a todo tipo de manipulaciones cuantitativas (programaciones y estadísticas) que tienden a suprimir lo cualitativo.

Empero, lo cualitativo, el valor de uso, se resiste a ser absorbido por la dinámica cuantitativa impuesta por el valor en curso de revalorizarse, de acumularse.

Así pues —sostiene Lefebvre—, lo cualitativo “reaparece en el espacio”. Y esto no puede ser de otro modo porque —como señalara Marx en la primera sección de *El capital*— la forma valor parasita en el valor de uso, requiere de su cuerpo para poder existir, para expresarse y realizarse como tal.

“*La gente exige un espacio cualitativo*” —nos dice Lefebvre—, su materialidad, su naturalidad. Y, eventualmente, la gente sale de los ámbitos del espacio cuantificado del mercado —esto es, según Lefebvre, el *espacio de la producción*, el *espacio del consumo* y el *espacio producido* en el curso de la acumulación de capital—. A partir de ese momento —continúa—, la gente se dirige hacia los ámbitos del *consumo del espacio* (consumo improductivo): las vacaciones, el turismo, la

fiesta, el ocio, es decir, los lugares en donde los urbanitas o la gente en general aspiran reencontrarse con la “calidad del espacio”.

Sin embargo, el capital industrial también ha logrado penetrar en ese espacio, dividiéndolo en “regiones explotadas por y para la producción” y “regiones explotadas por y para el consumo”. De tal manera, incluso en estos espacios de ocio el cuerpo demanda la restitución del deseo y del placer; no obstante, en esas circunstancias, sólo consigue una “simulación de vida natural”.

Se trata, pues, de un movimiento de tres términos —dos polos y su mediación—: parte del espacio de la cotidianeidad del *consumo productivo* o del *trabajo* y llega —mediante la fiesta, el ocio o el cuestionamiento o la suspensión del trabajo— hasta la no-cotidianeidad del *consumo del espacio* o del *no-trabajo*.

Lefebvre asocia, por una parte, trabajo y necesidad y, por otra parte, *consumo* y *deseo* o placer. De tal suerte, en el espacio abstracto *necesidad* y *deseo* quedan unificados y contradichos. Las necesidades específicas se satisfacen con objetos específicos, son correspondientes, sin embargo, los deseos —según Lefebvre— no se corresponden con objetos específicos sino que sólo pueden desplegarse en un espacio, esto es, en los ámbitos del consumo del espacio donde se emplazan simultáneamente todos los objetos disponibles para saciar nuestro deseo.

Sin embargo, Lefebvre no explica por qué *necesidad* y *placer* quedan desvinculados, es decir, si esto se debe a un problema en la estructura material de los valores de uso, esto es, que se han vuelto nocivos porque el capital ha sometido realmente el consumo (Veraza, 2008). Asimismo, Lefebvre parece desconocer que el *trabajo* en general mantiene una dimensión placentera o afirmativa y que sólo queda reducido a mera necesidad, sin placer, cuando éste se ha sometido al *trabajo enajenado* coligado a una *necesidad ajena*.

2) La segunda contradicción —enunciada por Lefebvre— es aquella que ocurre entre la *producción* (lo reproducible por el capital) y el *consumo* (la reproducción de la vida misma). Este conflicto se proyecta en mayor escala como contradicción entre *lo reproducible* y *lo no-reproducible* en el espacio abstraído por el capital.

Es necesario recordar que Lefebvre considera que —ante los cambios acaecidos en el mundo desde la época en que Marx perfiló su obra— debemos introducir nuevas categorías si pretendemos seguir manteniendo conceptos marxianos como parte nodal del desarrollo teórico contemporáneo. Por ejemplo, el concepto de *reproducción* —continúa— implica la formulación de nuevos conceptos como los de *lo reproducible* y *lo repetitivo*.

Lefebvre señala que un producto, en el sentido más estricto del término, tiene la facultad de ser reproducible en toda su singularidad, esto es, de ser el resultado de actos repetitivos. En cambio, existe toda una realidad cuya singularidad es no-reproducible: la naturaleza misma, el tiempo natural, la reproducción natural, las obras.

Lo reproducible y lo repetitivo se tornan predominantes cuando el capital industrial produce un espacio propio. En esta nueva condición, sólo se produce lo reproducible, es decir, lo repetitivo o la repetición de la producción pasada. El capital produce sólo reproduciendo —sostiene Lefebvre— y lo hace apoyado en el conocimiento, la técnica y el poder. De tal suerte, la producción capitalista de espacio social se configura como mera reproducción de cosas en el espacio. Esta peculiar reproductibilidad garantiza la reconducción y reproducción de las relaciones sociales capitalistas, de suyo cosificadas.

Según nuestro autor, la segunda contradicción enunciada se despliega como un movimiento cíclico que tiene como premisa la reproductibilidad de las cosas en el espacio y la reproductibilidad del espacio mismo.

En un primer momento, el movimiento parte del consumo —es decir, supone que la reproducción social ha ocurrido— y llega al *espacio de la producción*, aquel ámbito constantemente usado y consumido por los flujos —nos indica Lefebvre—.

El segundo momento, que cierra el ciclo, inicia en el espacio de la producción y culmina en el consumo, es decir, en el *espacio de la reproducción*, aquel ámbito controlado por el Estado.

Así —remata—, lo que tenemos es un espacio controlado por la burocracia institucional y cuya singularidad sería *reproducible* por la sociedad burguesa. Sin embargo, el espacio abstracto entra en conflicto con sus propias premisas y resultados (*lo reproducible*) al quedar inmerso en la singularidad de lo *no-reproducible* por el capital (la naturaleza, lo local, lo regional, lo nacional, lo mundial).

3) La tercera contradicción sería aquella que contrapone el *uso* o apropiación del espacio y el *intercambio* de la propiedad privada del espacio.

La contradicción estructural de la sociedad burguesa, aquella que sucede entre el valor de uso y el valor en proceso de autonomización —valor de cambio, dice Lefebvre—, reaparece y se agudiza en el espacio abstracto como conflicto entre el uso y el intercambio mercantil.

El uso implica apropiación, es decir, un proceso práctico-material de intercambio metabólico con la naturaleza que incluye tiempos, ritmos, vivencia, diversificación, símbolos. Mientras que el intercambio mercantil —cambio, dice Lefebvre— implica la propiedad privada, es decir, la exclusión, la fragmentación y la enajenación de considerables dimensiones naturales y sociales de la riqueza en tanto valor de uso.

Lefebvre señala una contradicción concomitante a esta enunciación: aquella que se genera por la contraposición del consumo productivo (de plusvalía) del espacio y el consumo productivo de placer (consumo improductivo). De acuerdo con esta condición, los usos y usuarios capitalistas del espacio (en lo que se implica el uso pecuniario del mismo) tienden a destruir o degradar los usos y la vida de colectividades que se reproducen en esos espacios.

Para Lefebvre, el uso político del espacio tiene la posibilidad de restituir la mayor parte del valor de uso socavado.

4) La cuarta —en palabras de Lefebvre— es la principal contradicción del espacio abstracto o capitalista, el resto serían sólo secundarias. Se trata de la contradicción entre la capacidad de conocer, de relacionarse y de transformar el espacio en una escala global-mundial y el hecho de que el espacio se mantiene en permanente proceso de fragmentación por parte de la propiedad privada, de las ciencias y de las estrategias del capital.

Así, tenemos, por un lado, la concepción y la transformación a gran escala del espacio y, por el otro, las prácticas que fragmentan el espacio y su vivencia y que determinan las formas de conciencia que se limitan a la escala de la propiedad privada.

Lefebvre desglosa los términos de esta contradicción y los reformula como la contradicción entre, por una parte, espacio concebido de manera total y unitaria y, por otra parte, prácticas espaciales que fragmentan y espacio vivido de manera fragmentada.

Según el replanteamiento, la representación del espacio total, dentro de la sociedad burguesa, se efectúa de manera instrumental y homogeneizante y se enfila a postular la primacía de la unidad abstracta e indiferente. De tal suerte —plantea Lefebvre—, se postula un espacio fetichizado que se reivindica a través de las matemáticas, la lógica, la informática —caso descollante de los sistemas de información geográfica— y la estrategia.

Por su parte, la fragmentación práctica del espacio se concreta en la privatización, la lotificación y la venta del espacio según exija la división del trabajo, la funcionalidad y las necesidades del capitalismo.

El resultado es una totalización abstracta-homogénea que, al mismo tiempo, contraviene y complementa a la fragmentación práctica.

De acuerdo con Lefebvre, la contradicción entre el espacio total transformado y concebido —lo que incluye la posibilidad de que lo sea de manera utópica o revolucionaria— y el espacio fragmentado que fragmenta la vivencia se corresponde con la contradicción que —según descubriera Marx— puede hacer que en una sociedad emerja la necesidad de revolución: la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción —y de propiedad, matiza Lefebvre— que son socialmente vigentes.

La capacidad de tratar el espacio a una gran escala se funda en el tipo de fuerzas productivas desplegadas por una sociedad, mientras que la propiedad privada del espacio es una relación social históricamente determinada.

Esta contradicción, que resulta clave para el posible derrotero de la humanidad y, de manera particular, para la sociedad burguesa, “se agudiza en el plano superior de la producción del espacio”, remata Lefebvre.

El desarrollo de las fuerzas productivas técnicas ha abierto posibilidades inéditas en la historia de la humanidad, por ejemplo, el poder “*producir* nuevas formas del espacio” —asienta Lefebvre—, formas que podrían ampliar nuestro umbral de libertad y felicidad.

Sin embargo —continúa Lefebvre—, “las relaciones de propiedad y de producción inhiben esas posibilidades”, fracturan las oportunidades de concebir nuevos espacios, de imaginar la utopía.

De tal suerte, las posibilidades prácticas de nuestra época se reducen al estrecho horizonte de la sociedad burguesa y a los peligros inherentes al espacio que ésta produce con el sometimiento de sus fuerzas productivas. Incluso, la potencia del modo de producción capitalista ha permitido producir simulaciones de un espacio nuevo, como ha sucedido con el simulacro epocal sobre la emergencia y caída del socialismo en un bloque planetario durante el siglo XX (Veraza, 2004).

5) Según Lefebvre, existe una contradicción correlativa a la principal enunciada: aquella que se presenta entre la *violencia* inherente al espacio abstracto y el *saber* (conocimiento) inherente a ese propio espacio. Para esto, Lefebvre vincula e identifica poder y violencia, como si no concibiera otra forma de ejercer poder que no sea violenta. Asimismo, no especifica la forma enajenada de poder que requiere de la violencia para desplegarse de manera eficaz.

Así, para Lefebvre, el poder o la violencia del capital mantienen desvinculado todo aquello que antes ha separado y sólo reúne lo que conviene a la producción de plusvalor.

La confrontación más franca entre *conocimiento* y *violencia* sucede cuando el espacio fragmentado entra en contacto o colisiona con el espacio intacto o natural.

Una vez que la objetualidad del *espacio dominado* por el capital adquiere su inquietante eficacia política-estratégica, militar y normativa-represiva, se presenta a la vez como *espacio dominante*. Empero, esta violencia que ejerce la práctica espacial capitalista queda oculta bajo las simulaciones de la paz, el consenso, la lógica y la no-violencia. Uno de los más profundos conflictos inmanentes al espacio —anota— es que el espacio *vivido* en la abstracción prohíbe percibir y expresar los conflictos.

La heterogeneidad, los conflictos y las contradicciones del espacio abstracto —nos dice Lefebvre— no aparecen como tales; “la *lógica del espacio*, su coherencia y sus significaciones aparentes, recubren una violencia inherente a la abstracción”.

Para Lefebvre, la violencia es inmanente al espacio instrumental capitalista, aunque parezca racional; sin embargo, él mismo considera que la violencia es inherente a los instrumentos en general —pues cortan, violentan y brutalizan la materia natural— y a los signos en general.

Con este último señalamiento, Lefebvre está implicando su adhesión a aquellos que consideran a la tecnología como maldita per se, sin distinguir tecnología e instrumentalidad en general con aquella sometida y tergiversada por el capital.

Lefebvre concluye su exposición de la teoría del espacio contradictorio apuntando que las contradicciones señaladas en términos teóricos son vividas prácticamente por distintos grupos sociales. Las abstracciones concretas —como el capital, la mercancía, el lenguaje o el espacio— son formas que existen socialmente, que están dotadas de un contenido —insiste—.

No obstante —añade—, las contradicciones del espacio son de tal envergadura que impiden que el sistema se constituya completamente, es decir, le impiden cerrarse. Esta condición permite en todo momento la producción social de lo que él denomina el *espacio diferencial*, aquel ámbito en donde emerge la resistencia y la rebeldía o la posibilidad de emancipación.



## COMENTARIOS FINALES

Como hemos visto, la noción de conflicto es un problema central en la obra cumbre de Lefebvre. No se trata de un asunto accesorio sino de una reflexión obligada, especialmente para alguien que trata de dar cuenta del desarrollo específico de la sociedad burguesa y de sus límites, esto es, de la posibilidad lógica e histórica de la revolución. Precisamente porque estas son sus preocupaciones fundamentales, Lefebvre despliega toda una reflexión lógico-dialéctica.

Si sólo partimos de la lógica formal o aplicada —nos dice— tendemos a dejar de lado la dialéctica, aunque esto no consiga eliminar las contradicciones inherentes a nuestro objeto. Si, por el contrario, partimos unívocamente de la dialéctica, esto es, del conflicto o de la teoría de las contradicciones, terminamos por subestimar la lógica, la coherencia y la cohesión. “No es posible prescindir de ninguna de las aproximaciones” —concluye—.

Todas las confrontaciones sociales, los conflictos y las contradicciones del espacio, así como la producción de contra-proyectos y contra-espacios que resisten o desafían alguna dimensión del dominio capitalista —asegura Lefebvre— pueden atribuirse a la “lucha de clases”.

Sin embargo —añade—, es imposible trazar las fronteras que dividen y sitúan a los bandos —la clase dominante y la clase explotada u oprimida— o delimitar el campo de acción de los combates. La lucha o el conflicto entre las clases prácticamente atraviesa todas las esferas de la vida social: la economía, la política, la cultura, la ciencia, la filosofía, etcétera.

Lefebvre tiene una clara posición en defensa de las clases oprimidas. Para él, las luchas de éstas frente al sometimiento capitalista se despliegan en múltiples frentes y fronteras, no tienen vínculos aparentes y pueden ser o no violentas.

Se trata pues de un complejo mosaico de luchas contra la separación abusiva y la dispersión, contra la homogeneidad forzada, contra el espacio cuantificado desprovisto de calidad o contra las confusiones espurias. Asimismo, incluye a aquellas que reivindican la unificación, la comprensión y realización efectiva de las diferencias, la reunificación de lo que había sido separado y la discriminación de lo que había sido ilegítimamente confundido.

De tal suerte, los conflictos (sociales o espaciales) pueden generar luchas, y éstas se enfilan, implícita o explícitamente, contra lo que separa y contra lo que confunde, es decir, contra toda aquella política que discrimina y que aparenta que lo social sólo puede ser su forma enajenada.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barreda, Andrés, 1985, "La sociología de Durkheim contra el materialismo histórico", en *Itaca*, núm. 2, México, pp. 54-64.
- Harvey, David, 1973, *Social Justice and the City*, Basil Blackwell, Oxford.
- Harvey, David, 1982, *The Limits to Capital*, University of Chicago Press, Chicago.
- Harvey, David, 1985, *Consciousness and the urban experience. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization 1*, Basil Blackwell, Oxford.
- Harvey, David, 1985, *The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization 2*, Basil Blackwell, Oxford.
- Harvey, David, 1996, *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Blackwell Publishers, Cambridge.
- Harvey, David, 2000, *Spaces of Hope*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Harvey, David, 2001, *Spaces of Capital: towards a Critical Geography*, Routledge, New York.
- Harvey, David, 2003, *The New Imperialism*, Oxford University Press, Nueva York.
- Harvey, David, 2005, *Spaces of neoliberalization. Towards a theory of uneven geographical development*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart.
- Harvey, David, 2009, *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*, Columbia University Press, Nueva York.
- Harvey, David, 2010, *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*, Profile Books, Londres.
- Harvey, David, 2012, *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Verso, Londres y Nueva York.
- Lefebvre, Henri, 1968, *Le Droit à la Ville*, Éditions Anthropos, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1970, *Du rural à l'urbain*, Éditions Anthropos, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1970, *La révolution urbaine*, Éditions Gallimard, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1972, *Espace et politique. Le droit à la ville, II*, Éditions Anthropos, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1972, *La pensée marxiste et la ville*, Casterman, Tournai y Paris.
- Lefebvre, Henri, 1973, *La survie du capitalisme; la re-production des rapports de production*, Éditions Anthropos, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1974a, *La production de l'espace*, Éditions Anthropos, Paris.
- Lefebvre, Henri, 1974b, "La producción del espacio", en *Papers. Revista de Sociologia*, núm. 3, Barcelona, pp. 219-229
- Lefebvre, Henri, 1975, *Le temps des méprises: Entretiens avec Claude Glayman*, Éditions Stock, Paris.
- Marx, Karl, 1997, *El Capital. Crítica de la economía política*, 3 tomos, Siglo XXI editores, México.
- Marx, Karl, 2000, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrise) 1857-1858*, 3 volúmenes, Siglo XXI editores, México.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, 2007, *A ideologia alemã: crítica da mais recente filosofia alemã em seus representantes Feuerbach, B. Bauer e Stirner, e do socialismo alemão em seus diferentes profetas (1845-1846)*, Boitempo, Sao Paulo.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, 2008, *El manifiesto comunista*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- Peet, Richard *et al.*, 1988, *Anarquismo y geografía*, Oikos-tau, Barcelona.
- Peet, Richard, 1998, *Modern Geographical Thought*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Peet, Richard, 2007, *Geography of Power. The Making of Global Economic Policy*, Zed Books, Londres.
- Peet, Richard, Paul Robbins y Michael Watts, 2011, *Global Political Ecology*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Peet, Richard, y Michael Watts, 2004, *Liberation Ecologies. Environment, Development, Social Movements*, Routledge, Londres y Nueva York.

- Peet, Richard, y Nigel Thrift, 1989, *New Models in Geography, Volume 1. The Political-Economy Perspective*, Unwin Hyman, Londres.
- Peet, Richard, y Nigel Thrift, 1989, *New Models in Geography, Volume 2. The political-economy perspective*, Unwin Hyman, Londres.
- Peña, Luis, 2008, "Reflexiones sobre las concepciones de conflicto en la geografía humana", en *Cuadernos de Geografía*, núm. 17, Departamento de Geografía-Universidad Nacional de Colombia, Colombia, pp. 89-115.
- Quaini, Massimo, 1974, *Marxismo e geografia*, La Nuova Italia Editrice, Firenze.
- Quaini, Massimo, 1979, *La construcción de la geografía humana*, Oikos-tau, Barcelona.
- Santos, Milton, 1978, *Por uma geografia nova*, Hucitec-Edusp, Sao Paulo.
- Santos, Milton, 1985, *Espaço e Método*, Nobel, Sao Paulo.
- Santos, Milton, 1987, *O espaço do cidadão*, Nobel, Sao Paulo.
- Santos, Milton, 1996, *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*, Editora Hucitec, Sao Paulo.
- Santos, Milton, 1996, *Da totalidade ao lugar*, Edusp, Sao Paulo.
- Smith, Neil, 1996, *The New Urban Frontier. Gentrification and the Revanchist City*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Smith, Neil, 2008, *Uneven Development. Nature, Capital, and the Production of Space*, The University of Georgia Press, Athens y Londres.
- Soja, Edward, 1989, *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*, Verso, Londres.
- Soja, Edward, 1996, *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Soja, Edward, 2000, *Postmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*, Blackwell Publishing, Los Ángeles.
- Soja, Edward, 2010, *Seeking Spatial Justice*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Veraza, Jorge, 2008, *Subsunción real del consumo bajo el capital*, Itaca, México.
- Veraza, Jorge, 2004, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo XX, muy útil para el XXI*, Itaca, México.
- Zeleny, Jindrich, 1974, *La estructura lógica de El Capital de Marx*, Grijalbo, Barcelona.